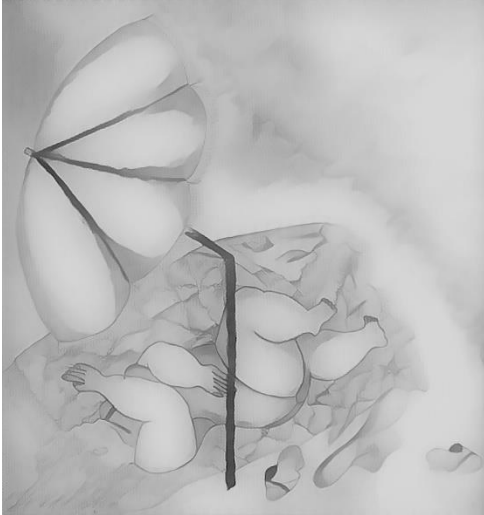


Lo que le he dicho a facebook



Hoy ha sucedido en clase de Filosofía, pero hace unos días sentí algo muy parecido en clase de Pintura.

Los filósofos, griegos, todos tan respetables y que dijeron lo que tuvieron a bien hace veintitantos siglos.

Es cierto que a estas alturas de mi vida no tengo tiempo (ni ganas ni interés) de aprenderme las frases lapidarias pronunciadas por cada uno de ellos; pero, sinceramente, pienso que tampoco me hace falta.

Bástame saber, en mi opinión (que no me voy a molestar de añadir “humilde”, porque, también en mi opinión, todas las opiniones deben serlo), que el pensamiento, de quien sea, puede ser variopinto y disperso, e incongruente e incluso contradictorio, y que no hay por qué endiosar determinadas afirmaciones acuñadas en frases lapidarias que en letras de molde han pasado a la historia, o a las enciclopedias, o al ánimo de las gentes como incontrovertibles o incuestionables.

Los filósofos, todos, antiguos y modernos, han tenido opiniones de las cuales, y por alguna razón que desconozco, algunas se han convertido en dogmas a los que (entiendo, aunque no comparto) es osadía replicar.

Bueno, pues a mí personalmente – y así lo he expresado, a lo que por cierto una compañera de clase me ha replicado “¿y para qué vienes aquí y no te vas a la cola del pescado?” – hoy por hoy, y alimentada tal vez aunque de forma poco intelectualizada y metódica del pensamiento griego del que está imbuida toda sociedad occidental (y aun no comulgando del todo con dicho pensamiento), me doy cuenta de que la vida cotidiana, el simple hecho de abrir los ojos cada mañana y plantar los pies en el suelo, me abre, a mí y a cualquiera, un abanico apabullantemente enorme de posibilidades de experimentar sensaciones, y emociones, y de elaborar pensamientos, y opiniones, y hacerme infinidad de preguntas y de planteamientos a raíz, tan sólo, de un gesto, de un ademán, de un tono de voz, que veo, u observo, o escucho en alguien, que inevitablemente me lleva a considerar qué mundo interior de la persona que lo está emitiendo la tiene sometida a esos gestos o ademanes o entonaciones y no a otros.

De ahí que dijera yo, y que lo dije, “tanto puede inducirme a pensar una señora en la cola ce la carne como cualquier filósofo por muy respetable que sea”. De ahí también la réplica de por qué en vez de asistir a clase no me marchaba a la cola del pescado (y que era carne, pero, bueno.

Le pude replicar “para qué molestarme en ir a buscar una pescadería (de guardia, a lo mejor, que era ya por la tarde) cuando te tengo a ti al lado y me estás haciendo el mismo juego”, pero no lo dije. Y es verdad que a partir de ese cruce de frases he tenido para recapacitar bastante en torno a la condición humana (incluida la mía) y cómo del qué y del cómo de cada momento hacemos las personas nuestras interpretaciones subjetivas que tomamos, sin pestañear, por perfectamente objetivas.

Por otra parte, y volviendo a los filósofos, griegos, ellos dijeron y opinaron lo que les trajo a la mano decir y opinar en el momento y en el mundo que vivieron; pero hoy, veintitantos siglos

Lo que le he dicho a facebook

después, yo, en mi momento, creo que tengo la obligación de elaborar mi propio pensamiento, que puede ser desacertado sí, y perfectamente refutable; pero no creo que sea muy discutible que sí cada vez que he de pensar (acerca de lo que sea) hubiera de pararme a echar cuentas de qué debería de pensar para no quebrantar no me importa qué dogma del pensamiento (griego, o chino, o de la Patagonia, que cada uno tendrá sus seguidores y sus adeptos) se me iría el tiempo y la vida en no pensar por mí misma. Y me iría cada noche a la cama furiosa conmigo misma por no haber hecho uso de cuántas posibilidades me estaba dando el día cuando, por la mañana, abrí los ojos y planté los pies en el suelo.

Ahora voy con la clase de Pintura del otro día, más o menos de lo mismo y en una línea que se me antoja parecida y me coloca ante prácticamente idéntica elucubración.

Si un pintor (consagrado) pinta un recuadro rojo sobre un lienzo blanco, eso es arte. Si lo pinta cual quiera – yo por ejemplo, ya que estoy aquí – no va a serlo, a menos que se me reconozca una trayectoria que, sinceramente, nunca podría alcanzar porque me siento del todo incapaz de repetirme a mí misma pintando rectángulos, incansablemente, rojos o de cualquier otro color sobre lienzos en blanco.

No dudo de que para eso están, para determinar qué es arte y qué no lo es, los críticos y los expertos y los entendidos. Pero tampoco dudo de que si me paro a echar cuentas (un poco del mismo modo en que no me paré con la filosofía, unos párrafos más arriba) no me resolveré jamás, temerosa de errar, a agarrar unos pinceles y plantar – sobre un lienzo o un cartón o una estantería de armario de cocina – lo que a mí se me cuadre en mi cabeza o en mi mano o en mi ánimo.

Pienso que se vive (vivimos) muy encasquillados en no quebrantar lo establecido y no romper los moldes ni los cánones. Pero los moldes... ¿no están para romperse? En la clase misma, y al hilo de qué digo, me enteré de que los tres colores básicos ya no son rojo, azul y amarillo, porque “últimamente las cosas han cambiado mucho”.

Ah.

Y el pensamiento, griego, alguien me ha dicho que pues de él nos hemos nutrido desde hace más de veinte siglos, y que algo tendrá para haber prevalecido. Y sí, es cierto, pero al cabo de esos mismos tantos más de veinte siglos me pregunto si sería demasiado disparatado plantearse el cambiar de dieta.

Porque los tiempos cambian, y los criterios cambian, y los gustos cambian, del mismo modo que cambian las modas.

No entiendo, ni tengo el menor interés en entender, por qué ha de ser sacralizado nada, nada absolutamente en este mundo.

Entiendo sí que cada ser humano ha de tirar para adelante, y si se tuerca o pone a tiro, equivocarse, y caerse y levantarse, y seguir tirando hacia adelante.

9 de octubre de 2018